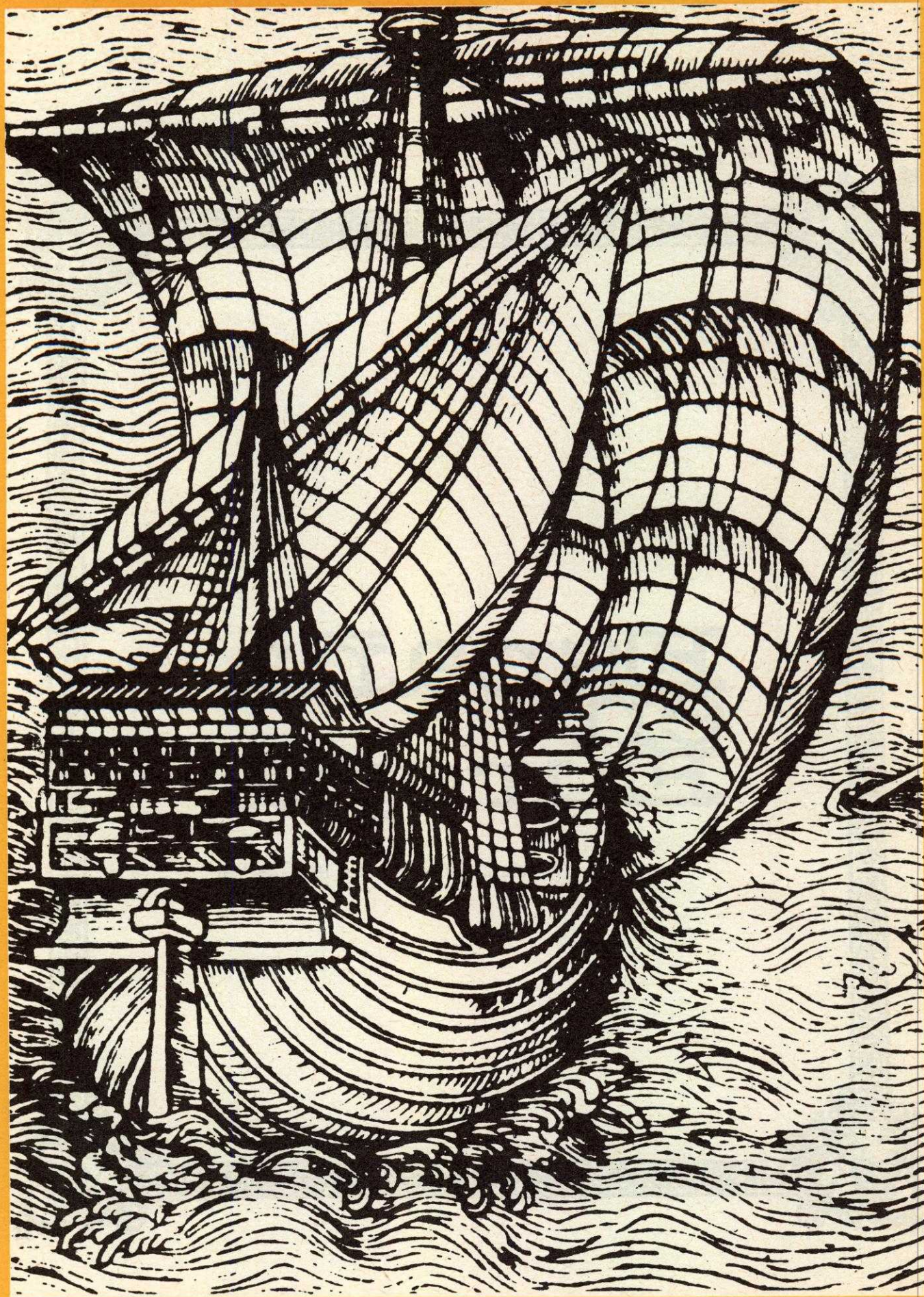




España en Europa

Fredo Arias de la Canal



Creo que está fuera de duda que el descubrimiento de América ha sido la epopeya más grandiosa de la humanidad. Que si fue obra de locos, que si Colón era un iluso, que si fue apoyada la expedición por unos sefardíes encumbrados que preveían un desarrollo imperial castellano con tendencias religiosas dogmáticas que pondrían en jaque la unidad del pueblo judío en Europa. En fin, estas y muchas otras especulaciones han entretenido a los historiadores durante ya casi 500 años.

El hecho de que la megalomanía nacional española se haya revestido de oropel durante estos siglos pasados, con la tragedia americana, no deja de ser una paradoja, puesto que el pueblo español, si bien se mira, desangró a España con aquella primera emigración que en América no hizo más que romperse las entrañas, abriendo brecha por las junglas y atravesando los desiertos, lo que si bien es cierto que le restó bríos también lo es que le confirió eterno nombre y gloria.

Como si esto fuera poco, los descendientes del injerto hispánico en el tallo americano, convertidos al cristianismo, suelen identificarse masoquistamente con la parte débil de su propio ser: lo indio,* pero hasta para comportarse como tales lo tienen que hacer a la española, pues jamás podrán recuperar su estado cultural primitivo, ni en sus lenguas ni en su religión ni en su idiosincracia, ya que todos estos valores fueron absorbidos por nuestra civilización mediterránea.

Ahora bien, si el descubrimiento, la conquista, la colonización y la fusión racial fueron para España una tragedia, mirándolo desde una perspectiva histórica, para otros países europeos este advenimiento fue una pesadilla que amenazaba sus mismas soberanías, sujetándolos a un estado de inferioridad insoportable. Fue entonces que la envidia empezó a crear la leyenda negra contra España, lo mismo que ahora la urde contra el imperio estadounidense.

Pero la envidia tiene dos caras: la una rebaja al individuo al nivel del envidioso, y la otra eleva al envidioso al nivel del envidiado.

De esta guisa advertimos cómo los cartógrafos europeos del siglo XVI a la fecha han desvirtuado, en un sinnúmero de mapas del océano Pacífico, el hecho de que éste fue un mar español durante el siglo XVI, al cambiar la mayoría de los nombres de las islas descubiertas por los marinos hispanos, no atreviéndose a hacerlo con la de Guadalcanal ni con las de Juan Fernández —donde vivió Robinson Crusoe—, o con el Estrecho de Torres, porque hubiera sido demasiado grande el borrón. Es tal el deseo de compartir la gloria de los españoles, o de infravalorar sus hazañas, que recientemente la Universidad de Yale obtuvo, en calidad de donación, un mapa valuado en un millón de dólares, titulado *The Vinland map and the tartar relation*, que supuestamente demostraba el conocimiento que los vikingos tenían de las costas norteamericanas antes de 1492. Menos mal que las autoridades universitarias

tuvieron la decencia de admitir la falsedad de dicho documento. Hay que apreciar, también, que los geógrafos norteamericanos han reconocido al Pacífico como un mar español del siglo XVI. Debemos advertir, así, que los estadounidenses han demostrado a este respecto, mayor caballerosidad y amor a la verdad que los ingleses.

Otra de las declaraciones actuales que me ha hecho cavar, es la de un prominente intelectual francés que nos da una cátedra de lo que puede ser la envidia positiva. Todos sabemos, hasta el cansancio, que una de las maneras irónicas y mordaces con que los franceses han menospreciado a españoles y portugueses, es la de haber hecho el apotegma "África empieza en los Pirineos", demostrando así su envidia negativa. Ahora veamos un ejemplo de cómo desarrollan su envidia positiva, ayudada por su megalomanía, por boca de Malraux:

"Algo comenzó en 1450: la conquista del mundo por Europa, seguida de la colonización. Somos nosotros lo que hemos descubierto el mundo. Nadie nos descubrió a nosotros". (Time, 8 de abril 1974).

Otro ejemplo de envidia positiva lo había dado ya aquel a quien de no haber sido francés le hubiera gustado ser español, y cuya madre era española: Víctor Hugo:

"Un Pueblo ha sido durante mil años, desde el siglo sexto al decimosexto, el primer Pueblo de Europa, igual a Grecia por la epopeya, a Italia por el arte, a Francia por la filosofía; ese Pueblo ha tenido un Leónidas con el nombre de Cid; ese Pueblo ha comenzado por Viriato y ha concluido por Riego, tuvo un Lepanto, como los griegos tuvieron Salamina; sin él Corneille no hubiera creado la tragedia, ni Cristóbal Colón descubierto la América; ese Pueblo es el pueblo indomable del Fuero Juzgo; casi tan pertrechado como Suiza por su relieve geológico, pues el Mulhacen es el Mont Blanc como 18 es a 24; ha tenido su asamblea de las selvas, contemporánea del forum de Roma, mitin de los bosques en que el pueblo reinaba dos veces por mes, en el novilunio y en el plenilunio; ha tenido Cortes en León sesenta y siete años antes que los ingleses tuviesen su Parlamento en Londres; ha tenido su Juramento del Juego de Pelota en Medina del Campo, bajo D. Sancho; desde 1133, en las Cortes de Borja, ha tenido el tercer estado preponderante, y se ha visto en la asamblea de esa nación a una sola ciudad, como Zaragoza, enviar quince diputados; desde 1307 bajo Alfonso III ha reclamado el derecho y el deber de insurrección; en Aragón ha instituido el nombre llamado Justicia, superior al hombre llamado Rey; frente al trono ha opuesto el temible "sin non, non"; ha rehusado el impuesto a Carlos V. Al nacer, ese Pueblo ha tenido en jaque a Carlomagno, y al morir, a Napoleón. Ese Pueblo ha tenido enfermedades y sufrido plagas, pero en resumen no ha sido más deshonrado por los frailes que los leones por los piojos. No han faltado a ese Pueblo más que dos cosas: saber prescindir del Papa y del rey. Por la navegación, por el comercio, por la invención aplicada al globo, por la creación de itinerarios desconocidos, por la iniciativa, por la colonización

* Aunque de hecho son más crueles con el indígena puro que los propios europeos en la actualidad.

universal, ha sido una Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más. Ha tenido famosos capitanes, doctores, poetas, profetas, héroes, sabios. Ese pueblo tiene la Alhambra como Atenas el Parthenon, y un Cervantes, como nosotros un Voltaire. El alma inmensa de ese Pueblo ha arrojado sobre la tierra tanta luz que para ahogarla ha sido preciso un Torquemada; sobre aquella antorcha los Papas han puesto su tiara, apagaluces enorme. El papismo y el absolutismo se han concertado para acabar con esa nación. Después toda su luz la han convertido en llama, y se ha visto a España unida a la hoguera. Aquel quemadero desmesurado ha cubierto al mundo; su humo ha sido durante tres siglos el nubarrón horroroso de la civilización, y terminado el suplicio, acabada la guerra, se ha podido decir: esa ceniza es un Pueblo."

Los alemanes, a quienes la historia jamás les perdonará su crueldad, han hecho parecer a la Inquisición española como un juego de bengalas, puesto que del siglo XVI al XVIII sentenció dicha organización estatal-religiosa a 32,000 personas a la hoguera* mientras que el nazismo, en pleno siglo XX, envió a las cámaras de gas a cerca de 6 millones de niños, mujeres y hombres. Heine (1797-1856) predijo:

"El cristianismo ha suavizado un poco la brutal afición germánica a la guerra, pero no ha podido destruirla."

Quien mejor ha captado la ilusión de grandeza del alemán, ha sido el dominico Didón en su libro *Les allemands*:

"En el alemán de nuestros días, aun en aquella edad en la que se es más susceptible a los **pensamientos caballerescos**, no he podido sorprender jamás un entusiasta sentimiento que alcanzase más allá del círculo histórico de la patria alemana. Las fronteras oprimen con su muda fuerza al germano. La codicia es su suprema ley. Sus grandes hombres de Estado son sencillamente codiciosos geniales. Su ambiciosa política, más atenta al lucro que a la gloria, no ha sufrido nunca la más ligera desaprobación del país, el cual acepta sus oráculos sin resistencia alguna y a ciegas. Los alemanes se han creado aliados, pero no amigos. A los que logran encadenar, los tienen sujetos por el interés o por el miedo, puesto que no pueden menos de reflexionar en su duro porvenir. Y ¿cómo no ha de tener miedo el que está a merced de una potencia que no se rige por las leyes de la equidad y a la que **domina sin freno el poder de la ambición?** ... El predominio de Alemania en Europa significa el militarismo triunfante, la soberanía del terror, de la violencia, del egoísmo. Infinitas veces he intentado descubrir en ellos algún rasgo de simpatía hacia los demás países y nunca lo he logrado."

Tengo para mí, que la desgracia más grande que le pudo haber ocurrido a Alemania fue que sus aristocracias intelectuales quisieron imbuirla del sentimiento de grandeza de los españoles; sentimiento de gran-

deza que se advierte por la admiración desmedida que insignes alemanes han tenido por la cultura hispánica. En *El Quijote y don Quijote salen al mundo*, nos dice Armandino Pruneda que la infanta doña Paz de Borbón, autora de *Don Quijote en Alemania* y *Buscando las huellas de don Quijote*, dio a conocer y tradujo lo relativo a un torneo verificado por la Universidad de Heidelberg en 1613, con motivo de la entrada, en aquel lugar, de los recién casados Federico V del Palatinado e Isabel Estuardo, hija del rey Jacobo I de Inglaterra; el mantenedor en aquel festejo lo fue la figura de don Quijote de la Mancha. El cartel de desafío que publicó el caballero de la triste figura, comienza así:

"La fama tan renombrada de mi descomunal arrojo y la asombrosa fuerza de mi brazo, a la cual no escaparán sino con muerte o prisión cuantos admiren otra belleza que no sea la de mi incomparable Dulcinea del Toboso, ha atemorizado de tal modo a todos los caballeros circunvecinos, que no encuentro ninguno con quien probar las perfecciones sin par de la Princesa de mi corazón y sostenerlas con mi varonil diestra..."

La obra completa del Quijote fue traducida al alemán en 1621, y como lo consigna Pruneda:

"El Teatro alemán recibió a Don Quijote en el año 1630, en una obra inspirada en los amores de Cardenio y que fue titulada *Unzeitiger Vorwitz*, y el 1690 representóse en Hamburgo una ópera con letra de Hinoch y música de Fortsch, con el título de *Der Irrende Ritter Don Quichotte de la Mancha*."

Amancio Bolaño e Isla nos dijo en una entrevista que le hicimos en Norte No. 235:

"En el siglo XVIII es ya notable la influencia de Cervantes en las letras alemanas (...) Goethe y Schiller lo admiraron, amaron y comprendieron, así como Schelling, Herder, Heine, Hoffmann y Schopenhauer."

Menéndez y Pelayo transcribió la siguiente opinión de Kant (1724-1804) sobre los españoles, en *Historia de las ideas estéticas en España*, Vol. IV:

"El gusto de las bellas artes y de las ciencias se ha manifestado poco entre los españoles, porque se han complacido en dar tormento a la naturaleza, que es el ejemplar de todo lo bello y generoso. El español es serio, **taciturno** y veraz. Pocos mercaderes se encuentran, en todo el orbe, de más probidad que los españoles. Su condición soberbia se alimenta más con la aspiración a lo grande que a lo bello. Como en su temperamento hay poca benevolencia y dulzura, suelen mostrarse duros y crueles. Hacen suplicios solemnes por causa de religión (autos de fe), y los hacen, no tanto por superstición, como por cierto gusto de lo extraordinario y monstruoso, lo cual encuentra su satisfacción en esas pompas venerables y terribles en que se ve entregar a las llamas, encendidas por devoción furibunda, una vestidura pintada de diablos (sambenito). No puede decirse que el español sea más soberbio o más dado a los devaneos amoratorios que cualquier otro pueblo; pero una y otra cosa lo es de un modo portentoso, raro e insólito. Son acciones predilectas suyas las que más se apartan de la naturaleza; v. gr.: dejar el arado y pasearse por el campo, con una gran espada

* Juan Antonio Llorente consignó a su *Historia de la Inquisición* que en 330 años que duró ésta en España, murieron en la hoguera 23,112 personas y 204,244 bajo otras penas.

al cinto y una capa, esperando que pase algún viajero; o en las corridas de toros (donde se ve a las mujeres sin velo), hacer un singular saludo a la dama de sus pensamientos, y en honor suyo arrojarle a peligroso combate con una bestia fiera."

Era tal la admiración que Schiller (1759-1805) tenía por el sentido de la honra española, que plagió el Romance del conde de León para hacer su poema El guante; compáremos:

Ese conde Don Manuel
que de León es nombrado,
hizo un hecho en la corte
que jamás será olvidado,
con Doña Ana de Mendoza,
dama de valor y estado;
y es que, después de comer,
andándose paseando
por el palacio del rey,
y otras damas a su lado,
y caballeros con ellas
que las iban requebrando,
a unos altos miradores
por descanso se han parado,
y encima la leonera
la Doña Ana ha asomado,
y con ella casi todos,
cuatro leones mirando,
cuyos rostros y figuras
ponían temor y espanto.
Y la dama, por probar
cuál era más esforzado,
dejóse caer el guante,
al parecer descuidado:
dice que se le ha caído,
muy a pesar de su grado.
Con una voz melindrosa
de esta suerte ha propuesto:
"¿Cuál será aquel caballero
de esfuerzo tan señalado,
que saque de entre leones
el mi guante tanpreciado?
Que yo le doy mi palabra
que será mi requebrado;
será entre todos querido,
entre todos más amado".
Oído lo ha Don Manuel,
caballero muy honrado,
que de la afrenta de todos
también su parte ha alcanzado.
Sacó la espada del cinto,
revolvió su manto al brazo;
entró dentro la leonera,
al parecer demudado.

Los leones se lo miran,
ninguno se ha meneado:
salióse libre y exento
por la puerta do había entrado.
Volvió la escalera arriba,

Delante de su parque de leones,
aguardando las fuertes emociones
de la lucha, sentado estaba el rey;
a su lado se hallaba la nobleza,
y alrededor, luciendo su belleza,
las damas de su grey.

Entonces hizo seña con la mano,
y por ancho portón,
con paso reposado y soberano,
apareció en el círculo un león.

Miró con estupor
en derredor,
bostezando y aullando con fiereza,
sacudió la cabeza,
los miembros varias veces estiró
y en el suelo gruñendo se quedó.

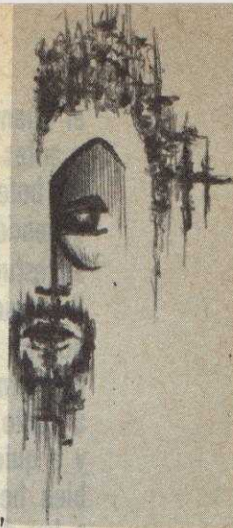
A poco el rey de nuevo señaló.

Volvió a abrirse el portón
y entró corriendo y comenzó a saltar
un tigre, y al notar
la presencia, y no dulce, del león,
con bramido increíble,
con la cola trazando
un círculo terrible,
y la lengua torciendo y estirando,
al león rodeó
siniestramente aullando
y también en el suelo se tendió.

A poco el rey de nuevo señaló.

Por fin aparecieron
dos bellos leopardos, los que ansiosos
de entrar a pelear, se dirigieron
hacia el tigre rabiosos.
Este les mira con furor de reto;
mas el león, bramando,
se levanta, un instante queda quieto;
luego va por el círculo rodando
y arremete tan fuerte,
que caen ambos con dolor de muerte.

Entonces desde arriba, al ruedo salta
un guante de la mano de una dama,
justamente entre el tigre y el león,
y a Delorges volviéndose, en voz alta,



el guante en la izquierda mano,
y antes que el guante, a la dama
un bofetón le hubo dado,
diciendo y mostrando bien
su esfuerzo y valor sobrado:
"¡Tomad, tomad, y otro día,
por un guante desastrado
no pornéis en riesgo de honra
a tanto buen fijodalgo;
y a quien no le pareciere
bien hecho lo ejecutado,
a ley de buen caballero
salga en campo a demandallo!"



El concepto de la honra, tan elevado en el hombre hispánico, trascendió a través de los romances y de **El Quijote** al resto de Europa. El "yo sé quién soy, y sé qué puedo ser" del hidalgo manchego, bien pudo haber influido de manera dinámica en las corrientes filosóficas alemanas. Para abundar en esta suposición, transcribo este pasaje de mi artículo "Facer hazañas", publicado en **Norte** No. 238:

"En la Meditación del Escorial, de **El Espectador**, con el título de **El Coraje, Sancho Panza y Fichte**, nos dice Ortega que habiendo en una ocasión vuelto a Marburgo, se entrevistó con su maestro Hermann Cohen, quien a la sazón se hallaba escribiendo su **Estética**. "El problema de qué sea el género **novela** dio sobre todo motivo a una ideal contienda entre nosotros. Yo le hablé de Cervantes. Y Cohen entonces suspendió su obra para volver a leer **El Quijote**".

"¡Pero, hombre!, este Sancho emplea siempre la misma palabra de que hace Fichte el fundamento para su filosofía", comentó el filósofo.

Nos dice Ortega que la palabra aludida: **hazaña**, es acto de voluntad, de decisión. Y que: "En Kant se afirman ya junto al pensamiento los derechos de la voluntad —junto a la lógica la ética—. Mas en Fichte la balanza se vence del lado del querer y antes de la lógica pone la hazaña. Antes de la reflexión, un acto de coraje, una **Tathandlung**: este es el principio de su filosofía."

Cuando Cohen dice que Sancho siempre emplea la misma palabra de que hace Fichte el fundamento para su filosofía, nos demuestra un rasgo psicológico netamente bergleriano, que se explica de la siguiente forma:

la señorita Kunigunda exclama con un tono sarcástico y burlón:
«Vuestro amor, caballero, es tan sincero, como vos me decís a cada instante? Si es así, ¿me queréis coger el guante?»

Y con veloz carrera, el caballero baja al círculo horrendo con paso bien seguro, y presuroso, y del medio monstruoso toma el guante en la mano, sonriendo. Y con horror y espanto, y con sorpresa, todos ven regresar al caballero, tranquilo y altanero con su presea.

Suena en todas las bocas la alabanza, y con mirada dúlcida y profunda, prometiéndole un mundo en esperanza, percibe a la preciosa Kunigunda. Y entonces, con desdén sordo e infinito, y tirándola el guante en plena cara, «Gracias —la dice—, no lo necesito». Y de ella para siempre se separa.

Cuando la conciencia humana lanza una acusación inconsciente al ego, éste nunca la reconoce, pero sin embargo se defiende con una coartada por la cual admite culpabilidad. Esto se llama "la admisión del crimen menor".

Cohen vuelve a leer el Quijote a instancias de Ortega, y se percata de la filosofía vitalista de Cervantes inconscientemente. Su super-ego le lanza una acusación inconsciente, de que ha pasado inadvertido que don Quijote es el símbolo filosófico de la voluntad. Su ego no reconoce esta acusación, pero admite el "crimen menor" al reconocer que Sancho usa constantemente la palabra hazaña, lo que es falso, a no ser por aquellas hazañas que "no han de salir de los límites escudriles".

Lo que parece no tener explicación es por qué Ortega acepta la interpretación de Cohen sin más comentarios.

No, no es Sancho sino don Quijote "para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos fechos". Y para esto "es menester andar por el mundo como en aprobación, buscando las aventuras". Es evidente que si no se buscan las aventuras no se pueden hacer hazañas.

Ahora bien: ¿Qué orilló al manchego a empezar su gloriosa aventura? ¿Qué lo impulsó a "irse por todo el mundo con sus armas y caballo"? ¿Acaso creía que tenía ya poco tiempo para hacer su historia? ¿O es el afán de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, lo que mueve a procurar "obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban"?

Menéndez y Pelayo, en la obra ya citada, consigna





la opinión que Federico Schlegel (1772-1829) tenía de la cultura hispánica:

"Nuestra literatura le debió estimación singular y más razonada que la de su hermano, porque se fundaba en mayor conocimiento. Del Poema del Cid dijo que tenía más valor que bibliotecas enteras de simples producciones del ingenio y de la fantasía, sin contenido de interés nacional. Bajo este aspecto de nacionalidad, dio a nuestra literatura el lugar primero entre las de Europa, y a la inglesa el segundo. El Quijote fue a sus ojos una especie de poema épico, de género particular y nuevo, cuadro riquísimo de la vida, costumbres y genio de su nación. En Calderón vio, todavía más que en Shakespeare, el apogeo de la belleza romántica y lírica, el espíritu de la simbólica cristiana, considerada como espejo del mundo invisible, el último eco de la Edad Media católica, y la solución más alta del enigma del destino humano. Claro es que con esto aludía tan sólo a los dramas religiosos de Calderón (cita especialmente *La devoción de la Cruz* y *El príncipe constante*), haciendo exclusivamente calderoniano, con el desconocimiento de estas cosas, común entonces, lo que con igual justicia pudieran reclamar por timbre propio los gloriosos autores de *El condenado por desconfiado*, *El esclavo del demonio*, *La buena guarda* y *La fianza satisfecha*."

Américo Castro, en *Españolidad y europeización del Quijote* (1960), se interesó, desde luego, por la influencia de nuestra biblia. Leamos lo que nos dice de un alumno de Fichte:

"El mayor teorizante de lo que luego se llamaría Romanticismo: Federico Guillermo Schelling (1775-1856) escribía en 1803, en su *Filosofía del arte*: «No será exagerado afirmar que, hasta ahora, sólo poseemos dos novelas (romances), *El Quijote* de Cervantes y *El Wilhelm Meister*, de Goethe; en la nación más señorial, aquél; en la más robuste, éste... Los antiguos loaron a Homero como al más feliz inventor; los modernos, a Cervantes, y con toda justicia...»"

En la misma obra confirma Castro la filosofía dinámica de Cervantes:

"El proceso de vitalidad fluyente y comunicativa es observable en *El Quijote* desde cualquier ángulo que se le contemple."

En *Algunos juicios acerca de los españoles* —de su libro inédito *La España que aún no conocía*— que publicamos en Norte No. 235, nos habla Castro de la opinión que su amigo Karl Vossler (1872-1949) tenía de los españoles:

"Pues bien, al meditar sobre el sentido que lo español pudiera ofrecer para la juventud alemana después de la derrota, Vossler se dejó llevar de su sentido personal y no de su vasto saber literario: «Los alemanes —escribió aquel enamorado de España— deberían familiarizarse con lo escrito y llevado a cabo por los españoles a fin de adquirir ¡Charakter!». No voy, naturalmente, a analizar qué podía significar tener carácter desde el punto de vista de un alemán, pues eso no es lo que ahora interesa. Basta con observar que los valores de la cultura española no eran estimados lógi-

ca sino vitalmente."

Ya Fichte (1762-1814) que era un hombre obsesionado por el "carácter", decía que "para él los alemanes eran el único pueblo que poseía carácter".

Estas proyecciones megalomaniacas, apoyadas quizá por la historia de grandeza de los godos de la Reconquista y la de la literatura cervantina, fueron creando el monstruo nacionalista alemán. Veamos cómo interpreta Rocker este nacimiento en el capítulo *Romanticismo y nacionalismo*, de su libro *Nacionalismo y cultura*:

"Así se desarrolló poco a poco una especie de **nacionalismo cultural**, cuyo contenido culminó en la idea de que los alemanes, a causa de su brillante pasado, que renacería en el pueblo, estaban llamados a aportar a la especie humana la salud anhelada. Así se convirtieron los alemanes, a los ojos de sus románticos, en el pueblo elegido del presente, destinado por la providencia misma para cumplir una misión divina. Esa idea reapareció en Fichte diversamente; su idealismo filosófico, junto con la filosofía natural de Schelling, tuvo la más fuerte influencia sobre los románticos. Fichte había llamado a los alemanes "pueblo originario", al que estaba reservada la redención de la humanidad. Lo que al principio ha correspondido tal vez al entusiasmo de un espíritu poético y podía por eso ser inofensivo, en Fichte adquiere ya el carácter de la contradicción que sirve de base profunda a todo nacionalismo y contiene la siembra del odio entre los pueblos. Del orgullo nacional a la difamación y al rebajamiento de todo lo extranjero, no hay, por lo general, más que un paso; paso que en tiempos agitados se da muy pronto."

Refiriéndose Rocker a los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, en el capítulo de *La filosofía alemana y el Estado*, observa el fenómeno megalomaniaco:

"Pero una cosa han conseguido y consiguen aún esos discursos: Han contribuido en gran medida a alimentar en Alemania aquella arrogancia, tan infantil como presuntuosa, que no prestigia al nombre alemán. Hablamos aquí de la fe del carbonero en la "misión" histórica de los alemanes, que hoy vuelve a brotar tan frondosamente entre nosotros (1936)."

Al igual que Fichte, Hegel (1770-1831) vino a teorizar sobre la inevitabilidad de la misión histórica, con lo que le dio un cariz fatalista a los procesos políticos, revistiendo la megalomanía alemana de una fe mística en su futuro glorioso. Tanto Fichte como Hegel pudieron haber dicho —en nombre de Alemania—; como don Quijote, que la fama "ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos".

También Hegel fue un admirador de la dinámica que caracterizó a los pueblos que formaron a España. Veamos su *Estética*:

"Los romances son un collar de perlas; cada cuadro particular es acabado y completo en sí mismo, y, al propio tiempo, estos cantos forman un conjunto armónico. Están concebidos en el sentido y en el espíritu de la caballería, pero interpretada conforme al genio nacional de los españoles. El fondo es rico y lleno de

The Oldest Known Map Showing



American Lands

mento.



interés. Los motivos poéticos se fundan en el amor, en el matrimonio, en la familia, en el honor, en la gloria del rey y, sobre todo, en la lucha de los cristianos contra los sarracenos. Pero el conjunto es tan épico, tan plástico, que la realidad histórica se presenta a nuestros ojos en su significación más elevada y pura, lo cual no excluye una gran riqueza en la pintura de las más brillantes proezas. Todo esto forma una tan bella y graciosa corona poética, que nosotros, los modernos, podemos oponerla audazmente a lo más bello que produjo la clásica antigüedad.»

Naturalmente, las corrientes filosóficas alemanas trascendieron a incontables generaciones de estudiantes en toda Europa. Un ejemplo de la forma de pensar de un estudiante de la Universidad de Heidelberg a principios de este siglo, influido por Kant, Fichte, Schopenhauer y Nietzsche, es el de Keyserling, quien en su libro **Europa, análisis espectral de un continente** (1928), dice:

“Éticamente, España se encuentra a la cabeza de Europa (...) Todo hombre del desierto es, en el fondo de su alma, un don Quijote; su vida consiste en sobreponerse a todo lo pequeño y convencional y, por lo tanto ridículo, comparado con la suprema infinitud del cosmos (...) ¿Acaso no hay siempre un elemento quijotesco en todo acto grande y típico del español, desde el Cid a Unamuno?”

Rocker en el capítulo **La insuficiencia del materialismo económico**, de su libro ya citado, pone el siguiente ejemplo para demostrar que la voluntad de poder es históricamente primordial en la actitud guerrera de los pueblos, y de paso nos da su opinión sobre la dinámica española:

“Tampoco la conquista de América por los españoles, que despobló a la Península Ibérica y llevó millones de hombres al Nuevo Mundo, se puede explicar exclusivamente por la “sed de oro”, por viva que haya sido en algunos la codicia. Si se lee la historia de la famosa conquista, se reconoce con Prescott que tiene más semejanza con una de las incontables novelas de la **caballería andante**, tan estimadas y queridas precisamente en España, que son un fiel relato de acontecimientos reales.

No fueron los motivos económicos solamente los que sedujeron, en pos del fabuloso El Dorado, a núcleos siempre nuevos de individuos atrevidos. El hecho de que grandes imperios como México y el Estado incaico, que tenían millones de habitantes, y además poseían una cultura bastante desarrollada, pudieran ser dominados por un puñado de osados aventureros, que no retrocedían ante ningún medio ni ante ningún peligro

y no estimaban en mucho tampoco la propia vida, se explica únicamente cuando se examina más de cerca el material humano característico que ha madurado poco a poco en una guerra de siete siglos y ha sido endurecido en constantes peligros. Sólo una época en que la representación de la paz tenía que parecer a los hombres como una fantasía de un período lejano desaparecido, y en la que la lucha llevada a cabo durante siglos, con toda crueldad, era la condición normal de vida, pudo desarrollar aquel salvaje fanatismo que singulariza tanto a los españoles de entonces. Pero eso explica también el raro impulso que tendía sin cesar a la acción y que, en todo instante, estaba dispuesto a poner en juego la vida por un exagerado concepto del honor, al que faltaba a menudo toda base seria. No es una casualidad que la figura de Don Quijote haya nacido precisamente en España. Tal vez va demasiado lejos la interpretación que cree poder suplantar toda sociología por los descubrimientos de la psicología; pero es indudable que la condición espiritual de los hombres tiene una fuerte influencia en la formación de su ambiente social.”

Para desgracia de Alemania, nunca comprendieron sus filósofos ni sus líderes que **El Quijote** es una obra irónica, dirigida contra la megalomanía infantil del español y en la cual relaciona Cervantes el estrecho parentesco de dicha megalomanía con el masoquismo psíquico. En todo neurótico megalómano (paranoide) encontraréis un exquisito masoquista que como observó Benjumea:

“Va en busca de aventuras, y sus aventuras son dormir a cortinas verdes o en fementidos lechos de ventas en despoblado, topar con arrieros, pelear con yangüeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo a cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frío, ser apedreado por galeotes, apuñeado por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos, y derribado, en fin, por bachilleres o amigos disfrazados. Ama a una aldeana a quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles y, sin embargo, muere pobre y melancólico en el lecho de su casa de la aldea.”

El **Quijote** nos ha servido, a los hispanos, para aminorar nuestra megalomanía y para controlar nuestros impulsos masoquistas; pero, los alemanes, sin ningún sentido del humor, han creado toda una corriente filosófica en torno al quimérico “yo sé qué puedo ser”, y mientras las juventudes alemanas sigan influidas por las filosofías paranoicas de Kant, Fichte, Hegel y discípulos, Alemania seguirá siendo un peligro para la civilización y para la cultura.



La medalla de oro
"José Vasconcelos, 1974"
fue otorgada por el
Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
al distinguido escritor,
antropólogo y sociólogo brasileño



Doctor Gilberto Freyre

Curriculum Vitae de Gilberto Freyre

GILBERTO FREYRE — Bachiller, Universidad de Baylor, Estados Unidos, y Maestro por la Facultad de Ciencias Políticas, Jurídicas y Sociales de la Universidad de Columbia, Estados Unidos de América.

"Doctor Litteris" (Doctor en Letras) de la Universidad de Columbia; Doctor en Ciencias Políticas y Jurídicas (Facultad de Derecho de la Universidad de Munster, Alemania); Dr. es-Lettres (Doctor en Letras) de la Sorbona; Doctor en Letras, Universidad de Columbia; Doctor en Letras, H. C. Universidad de Sussex, Inglaterra; Doctor en Ciencias Sociales, H. C. Universidad de Río de Janeiro; Prof. Dr. *honoris causa* (Universidad Federal de Bahía y Universidad Federal de Pernambuco).

Escritor, antropólogo y sociólogo.

Nació en Recife, en 1900.

Estudios primarios y secundarios en el Colegio Americano de Recife.

Estudios universitarios en Baylor y Columbia (1918-1922, en los Estados Unidos de América, seguidos de estudios de posgraduación en Inglaterra, Francia y Alemania, 1922, 1923, 1931, 1936 y 1937.

Profesor de sociología en la Escuela Normal del Estado de Pernambuco, 1928-30.

Profesor de sociología y fundador de las cátedras de antropología social y pesquisas sociales, en la Universidad de Río de Janeiro, 1935-38.

Supervisor del Centro de Pesquisas Educativas y Sociales del Ministerio de Educación, en el Noreste, 1957.

Miembro del Parlamento Nacional del Brasil, 1946-50.

Delegado del Brasil a la Asamblea General de las Naciones Unidas, 1949-64.

Consultante de la Dirección del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional del Brasil.

Consultante, como antropólogo, de la Comisión sobre Relaciones entre razas, en la Unión Sudafricana, de la Organización de las Naciones Unidas, 1954.

Fundador del Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais, 1949.

Miembro del Consejo Federal de Cultura del Brasil, 1967.

Profesor visitante y conferencista en las Universidades de Columbia, Michigan, Indiana, Western Reserve, Harvard, Princeton, Hoard, Georgetown, Católica de Washington (Estados Unidos); Coimbra, Lisboa, Sussex y Londres (Inglaterra); San Marcos (Perú); Gregoriana (Roma); Madrid, El Escorial, Salamanca (España); Córdoba, Rosario, La Plata (Argentina); Munster, Heidel-

berg, Bonn, Colonia (Alemania); la Sorbona (Francia); Real Instituto de los Trópicos (Holanda); Real Instituto de Antropología (Londres); Instituto Superior de Filosofía (Praga).

Miembro perpetuo, por aclamación, de la Sociedad Americana de Sociología.

Miembro honorario del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, de la "World Academy of Arts and Sciences" de Tel-Aviv; de la "American Academy of Arts and Sciences (Boston), de la Academie des Sciences (Outremer) París; de la Academia de Ciencias de Lisboa; de la Academia de Historia, Portugal; de la Academia de Historia del Ecuador; de la "American Philosophical Society" y de la "Hispanic Society of America".

Aggregatus honorario de sociología de la Universidad de Buenos Aires.

Aggregatus honorario del Colegio Mayor de la Universidad de Salamanca.

Miembro de los comités dirigentes de las revistas *Diogene* y *Cahiers Internationaux de Sociologie* (París); Miembro del Instituto Internacional de Civilizaciones Diferentes (Bélgica).

Premio Filipe d'Oliveira, de Literatura (Brasil), 1934; Premio Amsfield-Wolf (Princeton); Premio de Literatura de la Academia Paulista de Letras, Sao Paulo, 1959.

Premio de obra en conjunto de la Academia Brasileña de Letras (Brasil), 1960.

Premio ASPEN (el Premio Nóbel de los Estados Unidos) por méritos excepcionales en filosofía, ciencias y expresión literaria, 1967.

Mérito militar del Brasil, 1960.

Gran Cruz de la Orden de Río Branco (Diplomacia), Brasil, 1966.

Gran Cruz de la Orden de Cristo (Portugal), 1967.

Gran Oficial de la Orden de Mayo (Argentina), 1968.

Premio La Madonnina, Literatura, 1969 (Italia, el premio italiano más alto), por la obra "Fulguraciones geniales", Caballero de la Orden del Imperio Británico K.B.E., con el título de "Sir", concedido por la Reina Isabel II.

PUBLICACIONES

Casa Grande & Senzala, 1934 (en inglés: *The Masters and the Slaves*, Vol. I).

Sobrados e Mocambos, 1936 (en inglés: *The Mansions and the Shanties*, Vol. II).

Sociología.

Problemas Brasileños de Antropología.

Joaquim Montezuma de Carvalho

GILBERTO FREYRE, MASOQUISTA

26 de Septiembre de 1970. Unos minutos más de camino y estaré en casa de Gilberto Freyre, en el lugar típico de Santo Antonio de Apicucos, en los arrabales de Recife, Estado de Pernambuco. Iría a devolverle al escritor de cabello ondulado y plateado la visita que le hizo en 1923, a Joaquim de Carvalho, en la Casa de la Prensa de la Universidad de Coimbra, donde nació. Iría a recordarle los idos cabellos rubios de la mocedad, cuando era un Gilberto de 23 años, muy delgado y alto, recién salido de las universidades de Baylor y Columbia, en los Estados Unidos de Norteamérica. Gilberto Freyre, todavía sin obra, era un nombre totalmente desconocido en Portugal. Pero tenía 23 años impetuosos, ávidos de conocer Europa, ansiosos de ponerse en contacto con la intelectualidad. Vivía entonces en Lisboa un coterráneo de Gilberto Freyre, el historiador Oliveira Lima (1865-1928). Esa gran figura del pensamiento y la investigación brasileña (y grande también en su cuerpo, tan grande y tan gordo que Gilberto Freyre lo llamaba el Don Quijote gordo), cuya inteligencia y cuyo noble idealismo tanto profundizaron en los temas de Portugal, es el que fue el hilo de enlace necesario, para poner en contacto al joven discípulo, compatriota y coterráneo, con las figuras de la cultura lusitana. Y, en esa forma, lo relacionó con Fidelino de Figueiredo, Paulo Merea, Joaquim de Carvalho y unos cuantos más. Gilberto Freyre salió deslumbrado para el resto de su vida. Tenía veintitrés años, estaba en Europa, se relacionó con las mejores mentes de Portugal, Francia y la Gran Bretaña... y, luego, tuvo que volver a Recife. No tardaré en hacer sonar la campanita del portón del jardín que rodea a la casa del escritor y sociólogo o del sociólogo y artista o del estilista que es todo un científico. Observo el paisaje. Veo palmeras tristes, gente de color por los caminos, veo Recife, oscuro y triste. Veo Africa, con su poder para anular voluntades de hierro, bríos de pensador, ímpetus de artista. El mismo calor, la misma humedad, la misma fauna y la misma flora. Y los mismos hombres. Sudor, ganar dinero, la literatura, ¿para qué?, no tienen prisa, es mejor dejar las cosas para pasado mañana. El mismo medio tropical de la codicia. La misma apatía para las iniciativas del espíritu.

En el momento en que toco el botón del timbre, siento que no voy a entrar en una "casa grande", en un "cortijo", sino en una fortaleza construida ahí contra el ambiente, y que Gilberto Freyre aparecerá como un luchador y un obstinado, un hombre que no quiso dejar su tierra difícil y se mantuvo allí todo el tiempo, para estudiar, crear, escribir, pensar y diseñar. Llevo los oídos llenos contra Gilberto Freyre (¡Es un libidinoso! ¡Ahora dice que es anarquista! ¡Se inclina a las palabrotas! ¡Está viejo y chocho!, etc.), pero sé que los insultos feroces, las críticas mordaces, proceden... de pernambucanos, de gente de Recife, de vecinos, amigos y colegas, y también sé que en casa del herrero cucharón de palo, y se sirven del cucharón para romperle las ancas al maestro y utilizan el palo para domar su robusta complexión. Ahora como ayer. Hoy como en 1923.

Ya en su salón biblioteca, lo primero que le digo al vigoroso y simpático setentón es mi admiración, también, por el modo en que construyó su vasta obra: sin las facilidades de París, Oxford, Leipzig, Roma, Washington o Harvard. Sin las afinadas tertulias de "intelectuales entre sus pares". Sin el estímulo de colegas generosos y justos. Sin la propaganda de una prensa vigilante. Pues Gilberto Freyre tuvo que construir sus libros, día a día, sufriendo la penuria del medio nativo. ¿Se habían dado cuenta de esto? Sí, es bueno decir que "Casa Grande e Senzala" o "Aventura y Rutina" son libros que nos dan placer. ¿Y cuánto le costaron a su autor en el orden gravitacional de los días pernambucanos, chatos, indiferentes, domésticos, intrascendentes? ¿Nadie le percibe el sudor del silencio, la cara chupada, la angustia, los paseos llenos de nerviosismo, la pena que no escribe?

Sólo ahora leo el libro de Gilberto Freyre, precisamente "Oliveira Lima, Don Quijote gordo" (Impresa Universitaria, Recife, 1968, 200 páginas). Un libro fascinante sobre un trabajador infatigable de la cultura, amigo de los libros, de los consejos, de su tierra natal. Un libro que habla de Gilberto Freyre, discípulo y amigo de Oliveira Lima. Y veo al gordo historiador preocupado por su joven coterráneo, en una carta (17 de febrero de 1923) que le dirige desde Frankfurt del Main. Este

pasaje es significativo:

"No me gustaría, por lo mucho que lo quiero, verlo en el medio pernambucano, pero no me atrevo a dar consejos. Es cuestión de presentimiento y las corazonadas están muy lejos de ser infalibles. En Pernambuco mismo, es posible que sea usted afortunado. Me agrada que esté visitando Portugal con cariño. ¡El buen Portugal!"

Oliveira Lima volvió a Lisboa, mientras tanto, al paso que Gilberto Freyre abandonaba Portugal y concluía su visita a Europa, su primer viaje, para regresar a Recife.

Veamos: escribió desalentado a Oliveira Lima. Le confió lo tosco del ambiente. Por eso, en una carta del 27 de septiembre de 1923, Oliveira Lima, del lisboeta "Avenida Palace Hotel", escribió al joven amigo, en quien presentía el más hermoso futuro:

"Mi querido amigo: me dio mucha pena su carta del 8 de septiembre, porque veo que no se siente feliz ahí. Se lo advertí. El medio es muy pobre espiritualmente, teniendo presunciones de lo contrario, y la envidia es mucha, siendo, por desgracia, característica de la raza. No se moleste en mandarme libros. Ultimamente, estuve leyendo algunas cosas portuguesas que no conocía —Teixeira Gomes, que es mediocre, y Aquilino Ribeiro, que tiene un gran talento. Voy a leer a Agripino Grieco, como me recomienda".

Oliveira Lima, más experimentado, era el termómetro exacto: no te metas, niño, en el infierno caliente de Recife. Si quieres hacer obra, emancípate de tu tierra, busca otro mundo, como yo: Washington o Lisboa, París o Madrid.

Gilberto Freyre no se dejó vencer. Tenazmente, siguió viviendo en Santo Antonio de Apipucos. La soledad. El desagrado. Los golpes del ambiente. Y el hacer día a día una obra contra todo eso, como en un "desvivir", en una trágica morada existencial con paralelo en esos cristianos nuevos que tan bien diagnosticó Américo Castro, su amigo, para el sentir hispánico conflictivo.

A Gilberto Freyre también le dice: su obra representa que la civilización es posible en los trópicos, en suma, que los trópicos pueden ser domesticados y entrar calmadamente en el redil de la historia, del cristianismo, del pensamiento europeo. Pero al crear la suya en el propio Recife tropical, tan semejante a Africa, demostró algo más: su propio ejemplo personal de hombre civilizador en ambiente ingrato. Con su vida pasada en Recife, demostró que no necesitaba Harvard

o París para nada. Sólo Recife, el Recife castigador. Muy escondidamente, el Recife bueno, como en el poema de Manuel Bandeira...

Manos de Pernambuco me enviaron el "Jornal do Comércio" (Recife, domingo 5 de agosto de 1973): una entrevista con Gilberto Freyre, conducida por Alberto Cunha Melo. El entrevistador escribe:

"Gilberto Freyre y la ciudad de Recife, a veces se pelean como dos enamorados, que se aman, y hacen las paces en seguida. ¿Cómo explicar su apego intelectual a Recife?"

La respuesta de Gilberto Freyre me conmovió. Todo lo que dije antes se hace más claro, no es desmentido, se sublima, con esta respuesta de Gilberto Freyre, el eremita de Recife, verdaderamente un santo, al decir:

"Tal vez como masoquismo. Es en Recife donde soy más atacado, sobre todo por no pernambucanos, que vienen aquí a hacer carreras periodísticas, policiacas, profesionales. Es aquí donde menos se me quiere. Donde menos se me aplaude. Nunca tuve aquí una apoteosis, como la reciente con que me conmovió Sao Paulo. Ni explosiones de entusiasmo juvenil, como en la Sorbona, en Harvard, en Salamanca, en Coimbra, en Zurich, en Munster, en San Marcos. Entre tanto, cuanto más herido estoy por Recife, tanto mayor es mi amor por Recife. Por lo tanto, es masoquismo. Algunos saben que es enorme el número de puestos, cargos y honras que he rechazado en Río, en Brasilia, en el extranjero, por no alejarme de Recife. La verdad es que Recife tiene pudor de su ternura. En lo íntimo, el Recife o la Recife, me ama muy femeninamente; pero no quiere que se sepa. Por lo tanto, la Recife y yo, nos comprendemos secretamente".

1923. Las palabras de Oliveira Lima todavía resuenan: no me gustaría, por lo mucho que le quiero, verlo en el medio pernambucano. Y, en seguida: Se lo advertí. El medio es muy pobre, lleno de envidia...

1923-1973. Cincuenta años de tenacidad. Cincuenta años de masoquismo, como el de Santa Teresa de Avila. Cincuenta años de obra obstinada, contra los arrecifes de Recife.

Estoy seguro que esa respuesta al periodista Cunha Melo fue una posdata tardía en la carta para Oliveira Lima: no, amigo y maestro, es sólo que me gusta Recife, aunque me arañe y me despelleje. Mañana, en la eternidad, habremos hecho las paces...





NOS HACE FALTA

Nos hace falta jugarnos el nombre de la sangre.
Nos hace falta mucha verdad en la poesía
nos hace falta ella, sobre todo
con integridad vivida,
no como un espejo para mirarnos con gula
sino para reflejarnos cómo vamos siendo
con el tiempo en la frente y en los ojos
con el rostro que damos a los otros
y no mentirnos ni mentirles.

Nos hace falta voz y hay que encontrarla
aunque sea plantando un árbol
en el pecho
o inclinándonos para recoger
un aliento abandonado.

Si se hubiera dicho pueblo
desde un primer momento
y ese pueblo supiera de sí
tanto como lo que quieren de él,
no hubiera sido necesaria la sangre
ni los viajes de la sangre
ni la propaganda, ni la cárcel
de la sangre.
Hubiera respondido por sí,
su ley sería un himno.

En la palabra pueblo
nadie puede estar equivocado.

Nos hace falta cavar la fuente
en la tierra que pisamos
y toda sed ya no será una vanagloria
sino una sed para el futuro
una sed, casi entraña manantial,
una sed mano para las distancias
de la realidad.
Dar el agua, comprenderla
y a través de ese trago
nos miremos
como en una mano victoria
y saberla recibir porque por ella
todo se puede, hasta la vida
en el amor.

Por lo que nos falta
y para que nada sobre
y todo sea justo en su medida,
testimonio cada página del año
en mi gesto, raíz numeral
hijo profundo y cauce
para que en el destino historia
el hombre sea
lo mejor del mundo.

Rodolfo Rivarola
(argentino)